

Ortiz. «¿No vé á la Virgen Santísima mi Señora?» E hincándose de rodillas el enfermero, dió el enfermo el alma á su Criador, acompañándola su madre para asegurarle su presencia. Despues de muchos años se abrió su sepultura para enterrar otro religioso y hallando un cuerpo entero dijeron todo los viejos que era del santo Fr. Pedro de Reina.

CAPITULO XXXV.

DE OTROS RELIGIOSOS MEMORABLES QUE FLORECIERON EN SANTIDAD EN ESTA PRIMITIVA IGLESIA.

Fundada la iglesia de Michoacan y convertidos todos los tarascos por el S. Fr. Martin de Jesus y sus compañeros Fr. Martin de Bononia, flamenco, gran predicador en cinco leguas, y Fr. Juan de Badiano, frances, de la provincia de Aquitania la Antigua y todos los demas que hemos referido, los que fueron viniendo pasaron á la provincia de Jalisco, á acabarla de convertir. Porque como es provincia que se dilata hácia el Poniente y Norte entraron grandes perso-

has en santidad y así no quise dejarlas de apuntar, y así por tener parte en sus memorias, como por darle á esta historia la gloria de tantos ministros, hijos de esta provincia. Que aunque por ahora pertenecen al cronista de Jalisco, con todo, por florecer en tiempo que eran una provincia y que reconocian á Michoacan por cabeza, referiré por mayor los varones más insignes, que acabaron allá el curso de su ministerio. Porque no es justo que siendo la cabeza lugar de las coronas, se quede Michoacan sin las que le labraron las púrpuras de tantos mártires y las estolas de tantos confesores y ministros evangélicos.

El primero que se levantó despues del santo fundador con la veneracion de todo Jalisco fué el P. Fr. Antonio de Segovia, hijo de la Provincia de la Concepcion; gran siervo de Dios y tan penitente que pudo sustituir el lugar del santo fundador, y entrar todas aquellas tierras con tan infatigable espíritu, que aun entre tanto trabajo reformó su vida á mayor aspereza, sustentándose con yerbas y raíces de hortaliza; y cuando acaso comia algo extraordinario, lo destemplaba con ceniza, agua fria ó hiel de vaca, que tenia siempre para aqueste efecto. Particularmente aprestaba mortificaciones los viérnes. El hábito

que traía era muy pobre y á raiz de las carnes. Vestía por túnica un cilicio de cerdas añudadas y por paños menores lo mismo; dormía en una tabla muy estrecha, más por atormentarse que por tomar alivio de sus repetidas fatigas. Fué muy dado á la oracion y tan tierno en lágrimas que con la penitencia y rendimiento al cabo de muchos años echó tras ellas derretidos los ojos y cegó, siendo Custodio en Michoacan. Impedido ya del sacrificio de la misa, comulgaba tres dias en la semana, y las fiestas principales. Su confesor, llamado Fr. Diego de Aguilar, persona de todo crédito, testificó, que todas las veces que habia de comulgar, veia la Hostia consagrada en el altar, consolándole Dios con este favor para que aliviase su penalidad: como le consoló tambien en el oficio divino dándole angeles que se lo ayudasen á rezar. Yendo á las Ave Marias un religioso lego á encender la lámpara del coro en ocasion que toda la comunidad estaba cenando, oyó que rezaban en él muchos en tono, y asombrándose á la puerta vió al santo Segovia hincado de rodillas, en medio de dos mancebos muy hermosos que le ayudaban á rezar completas, y el coro muy resplandeciente. como si el sol estuviera adentro. Finalmente, fué varon muy insigne y á quien debe la Nueva España la paz

más importante que tuvo en sus primeras conquistas; porque reveladas las naciones de Xuchipila, Tlatenango y Nochixtlan, no pudo el Virey Don Antonio de Mendoza, con cincuenta mil indios que armò de pelea y con otros muchos españoles, vencerlos ni reducirlos; porque se habían retraido en unas montañas ariscas, y que si no era muriendo todos era imposible llegar á sus primeros escalones; y valiéndose de este siervo Dios, subió como Jonatás las montañas y redujo todas estas naciones y dejó toda esta tierra en paz. Quien quisiere ver otras cosas de la vida de este siervo de Dios, lea á Torquemada (1) y alabarà á Dios de tan grande espíritu. Murió en el convento de Guadalajara, despues de muy viejo y està tenido en reputacion de santo.

Despues de este insigne varon, resplandeciò nuestro Venerable Fr. Angel de Valencia, primer Provincial de esta provincia, è hijo de la misma provincia de su nombre. Pasó á Michoacan y aprendió la lengua de los naturales, en que se ocupò cuarenta años. Fué muy observante y de singulares virtudes, y muy dado á la oracion mental, en que gozó muy grandes arrobos. Postrado ya, le dió el mal de la muerte: y estando

(1) Lib. 20, cap. 577.

ya para partirse, se arrebató en espíritu por muy grande rato, y despues de la elevacion mental, como quien despierta del sueño, abrió la boca diciendo: *Unde hoc mihi ut veniat mater Domini mei ad me?* Todos los religiosos que le asistian, como conocian su santidad creyeron que la Virgen le habia venido á visitar, como visitó á Elisabeth, pues lo dicen las palabras. Despues del rapto murió este siervo de Dios en el convento de Guadalajara donde està enterrado. Fuèronse siguiendo despues tras las huellas de los primeros, el siervo de Dios Fr. Francisco de Oropeza, cuyo cuerpo guarda el depósito más grave de aquella Provincia que es el convento de Guadalajara, con la estimacion igual á sus muchas virtudes. Y el P. Fr. Francisco de Torrijos, cuyas memorias despiertan en el convento de Zapotitlan, lo mucho que sirvió á la extension de la fé en aquella Provincia; y no ménos gozosa repite en Autlan los merecimientos de los siervos de Dios, Fr. Francisco de la Cruz, pues llegó á alcanzar que así como muriese se tocasen las campanas, como se tocaron así como espiró. Y Fr. Miguel de Bononia, cuya virtud merecia mejor pluma y mayor noticia de sus apostólicos empleos. Fué gran religioso y predicó seis lenguas en la latitud de México, Michoa-

can y Jalisco, que fueron la mexicana, tarasca, otomita, cascànica, tequijana y cacunica. Fue muy pobre y observante, con que se levantó con el amor de los indios, y convirtió muchos, é hizo mucho fruto en todas estas lenguas. Está tambien enterrado en el convento de Guadalajara: El siervo de Dios, Fr. David, lego, de nacion italiano, hijo de la Provincia de Santiago, tan virtuoso y santo como cualquiera de los que hemos dicho fuè gran bordador y enseñó á los indios con el primor que ponian sus deseos. Fue penitentísimo, y trajo á raiz de las carnes una cota de malla más de 40 años, caminando à pié y descalzo por tierras tan calientes, que si entre sedas y holandas son insufribles, ¿qué será entre mallas de acero? Otros muchos florecieron que es imposible contarlos. El que quisiere verlos lea á Gonzaga y verá que no hay convento que no tenga su santo ó santos, y tambien á Torquemada (1) y verá como se resuelve en que es imposible contarlos, porque fuè esta Provincia tan religiosa y observante que á cada paso se encontraban hombres memorables.

(1) Libro último, fol. 631.

Daza, Historia General de las indias, primera parte foll. 885.

Entre estos hubo otros que enriquecieron esta provincia con las púrpuras del martirio porque como todos los de Jalisco eran chichimecos caribes y como fieras de los montes, se alimentaban de sangre de corderos, ejecutaban en los nuestros el furor de su fiereza: y así mataron á muchos.

Los primeros y más memorables son los cuatro mártires del convento de Izatlan, que como los cuatro rios del paraíso, regaron toda la tierra, regaron ellos con su sangre toda aquella Provincia para fertilizarla de fieles, y sembrarla de gentiles. El primero fuè el P. Fr. Juan Calero, (que era guardian de este convento,) (1) y luego Fr. Antonio de Cuellar, y Fr. Francisco Lorenzo, cuyas virtudes, obras y servicios en estas conversiones, enriquecieron su Provincia y dejaron envidiosa á la fama: porque como en aquellos tiempos eran pocos los españoles y Ministros, no pudieron recogerse sus hazañas; y así les cortaron las alas para que no llegasen á la cumbre de su justa estimacion; porque habiendo fundado cincuenta y una iglesias, derribado tantos idolos de oro, y plata y otros metales, que pudo fundir diez y siete campanas grandes que

[1] Nota Ms. del ejemplar.

puso en otras tantas Iglesias, y dilatado la fé con su predicacion y sangre, obras son que pedian mayor sentimiento é historia mas dilatada. El último de los cuatro fué Fr. Juan, compañero del siervo de Dios Fr. Francisco Lorenzo, tan constante en el martirio como observante en su profesion. El que quisiere ver el modo de su martirio y de los demas que se siguieren, lea à Gonzaga, Daza, Torquemada, à Bocio, De signis Eccles y la Historia general de las Indias que yo remito su narracion al cronista de aquella Provincia. Despues de los cuatro se siguieron Fr. Juan de Padilla, guardian del convento de Zapotlan y su compañero Fr. Francisco de la Cruz, colonos del nuevo reino de Granada y protomártires suyos. En Guainamota padecieron, Fr. Andrés de Ayala y Fr. Francisco Egidio y tambien Fr. Pablo de Acevedo, portugues, gran siervo de Dios. Los que padecieron acá en Michoacan remito al libro tercero.

Estos son los mártires que tuvo esta Provincia y los que regaron las aras de la fé con su sangre para dilatarla por todo el Poniente, sin otros que tiene el olvido en prendas de nuestro descuido. Y por celebrarlas con la memoria pongo aquí unos versos de Bocio, que son los mis-

mos que pone Daza, por hablar con estos inclitos mártires.

*Vos, ó primum extremos properastis ad Indos
 Ut noscent verum, pectora caeca Deum.
 Cuam bene pro ta i vestium pietate cruorem
 Fudistis: maior se feret inde seges
 Ne quidquam ferro proscinderet Arva Colonus
 Semine ni gravidos spargeret im' er agros
 Cernitis ut magno crescat iam scenore messis,
 Ut vestra uberior, sit labor ille nece.*



CAPITULO XXXVI.

DE LOS ESCRITORES QUE TIENE ESTA PROVINCIA
QUE FUERON LA LUZ DE LOS RECIENCONVERTIDOS.

No es decible el trabajo que los ministros evangélicos pasaron en los principios para aprender las lenguas en que habian de predicar, enseñar y componer estos indios. Que como eran tan incultos y torpes, se veian y deseaban para entenderlos y más no teniendo intérprete ó guia que los enseñase. Pero como el noble de estas iglesias era Dios alumbró á sus ministros para que esperasen de él lo que en sí propios desconfiaban; y así les dió el habla que vinculó en sus apóstoles que fué lá diversidad de lengua-

que aprendieron y predicaron en todo este Occidente. Y como exprimentaron tantos aprietos, en este caso escribieron todos artes, catecismos y sermonarios, en las lenguas en que cada uno era consumado, para que los que fuesen viniendo no topasen en la misma dificultad. Y así no hay lengua en que nuestros frailes no sean los que la han reducido á arte, método y declaracion.

En la Tarasca (que es muy dulce, elegante y copiosa) fué el Universal maestro el gran Maturino Gilberti y el primero que la declaró, redujo y autorizó. escribiendo de ella muy grandes alabanzas, como leemos en sus obras. Compuso arte y vocabulario, que son y han sido el régimen y enseñanza de todos los ministros de Michoacan y luz de los recién convertidos. Y tambien un libro de marca mayor de la doctrina cristiana en que se contiene todo lo que un cristiano debe saber y lo que pedia entonces la Iglesia recién fundada; fué la luz de la Iglesia de Michoacan, padre de sus predicadores y el Ciceron de la lengua tarasca.

El segundo fué el Venerable P. Fr. Juan de Ayora, Provincial que fué de esta Provincia, que aunque no escribió en la lengua Tarasca, que es la comun en esta Provincia, sino en la Mexicana, le pongo aquí, lo uno por ser hijo de

la Provincia y de tan conocidas prendas, que fuera no reconocerlas si le pasara en silencio: y lo otro porque en algunos conventos se administra en Mexicano, como son los de chichimecas. Dejó, fuera de algunos tratados manuscritos, uno impreso del Santísimo Sacramento en lengua Mexicana, útil, elegante y provechoso, por el mucho espíritu con que le escribió, nacido del celo que tenia de la salvacion de las almas, en que se abrazaba, como Fenix en sus propias cenizas. Y pudo tanto este celo en él, que oyendo la conversion de Filipinas, cuando era Provincial en acto, que renunció el oficio, hincado de rodillas. delante del Comisario General, y le pidió derretido en lágrimas le concediese esta mision. Concedida, se embarcó con el gozo que lleva el que vá á las bodas, y atravesando de una isla á otra, murió en la demanda, con la tranquilidad que goza el ave en el nido. El compañero que iba con él halló en el breviario una cédula de su majestad en que le hacia Obispo de Michoacan, que la tenia el siervo de Dios por registro de él. Lo cual no se supo hasta entonces, que quiso Dios descubrir los crisoles de su siervo en el desprecio de honras propias por buscar la salvacion de las almas.

El tercero fué el P. Fr. Juan Bautista de Lagunas, tambien provincial de esta Provincia. Escribió arte de la lengua tarasca, por el mismo estilo que Antonio de Nebrija el de la latina; porque la latitud, frases y encarecimientos del tarasco, son muy elegantes y llenos de misterios. Escribió tambien otro libro de doctrina cristiana muy importante, docto y grave para todos tiempos. Otros muchos andan manuscritos, muy necesarios y elegantes, asi en las frases como en los asuntos; así de nuestros frailes como de los otros ministros de Michoacan; pero todos son rastros y bosquejos del gran Maturino, como ellos mismos lo confiesan, por ser el primero que abrió la puerta à la mera inteligencia de la lengua.

CAPITULO XXXVII.

DE LAS COSTUMBRES EN QUE QUEDARON
LOS RECIEN CONVERTIDOS DEL PRIMER MAGISTERIO
DE NUESTROS FRAILES.

Quien atendiere á los desvelos de nuestros primeros fundadores, hallará un trasunto del Catecismo apostólico, observando las huellas de Cristo y la imitacion de su magisterio en la educacion de estos gentiles; los cuales guiados de su doctrina, conocieron, confesaron y adoraron un solo Dios verdadero, despreciando su antiguo error, que seguia la chusma de tantos dioses falsos.

Lo primero que les enseñaron fueron los misterios de nuestra fé, con tan vivo sentimiento que parecian antiguos profesores; y la doctrina cristiana con tanta puntualidad, que los mismos Ministros en persona juntaban todo el pueblo y en voz alta se persignaban y cantaban la doctrina alternativamente con el pueblo por la mañana y á prima noche: con que salieron algunos indios muy capaces para enseñarla á los demas, y relevar de este trabajo á los Ministros. Con que se asentó costumbre que dura hasta hoy en todos los pueblos, que en dando la oracion se junta cada barrio de por sí á cantar la doctrina, enseñándola el más anciano de él. Y así apenas se han tocado las Ave Marias, cuando empiezan en tono de himnos las oraciones, con que la consonancia parece de los cielos.

Instruidos en la doctrina, trataron de la composicion y aseo de las iglesias, en que salieron los más curiosos y advertidos. Y así cualquiera de los Sacramentos reciben con la mayor decencia que alcanza su capacidad, procurando en cada uno que la preparacion y asistencia sea con la solemnidad necesaria á su celebracion. El bautismo recibian con tan diligentes disposiciones y júbileos exteriores, que apenas nacia el infante, cuando enramaban la pila bautismal y

prevenian muy grandes músicas para el día de la renasencia, ostentando los mayores gastos que podian. Pero esta solemnidad ha decaido con el tiempo y acabándose al paso que los indios se han consumido, porque el posible no alcanza á donde llega su voluntad.

El Sacramento del Matrimonio lo recibian y reciben hoy, confesados y dispuestos, como si se fueran á morir. Y en algunas partes donde aun dura la copia de la gente, los fiscales de la Iglesia examinaron á los contrayentes de la doctrina cristiana, con el rigor que los ministros en persona; y si no la saben, no los dejan casar hasta que la sepan, depositálos en distintas partes á satisfaccion de todos los interesados, poniendo el cuidado necesario para que la aprendan con brevedad, porque no se relaje el vínculo de las voluntades.

El de la sagrada Comunion no es decible la terneza, el exámen y atencion con que la reciben; porque llegado el día despues de muy contritos y confesados, se visten las mejores vestiduras que permite su corto caudal y se limpian y lavan del mismo modo que sí consistiera en esto la resignacion de la voluntad, rectitud y gracia para la última vianda: ó como si fueran sus vestiduras, las nupciales para el convite: bien

que con ellas demuestran el afecto interior de fieles. En comulgando que comulgan, no salen en todo el día de la Iglesia, sino es á comer. Hablan poco y ven ménos por la honestidad con que contemplan los regalos de la Mesa y misterios del Sacramento.

El último, que es de la Extrema Uncion, le reciben con grande encojimiento, por ser el último potaje, con que la Iglesia nos nos dispone para la patria, y así lo piden con grandes encarecimientos. Y cuando el enfermo no está para pedirlo, los que le asisten tienen tan grande cuidado, que dan aviso al fiscal de la Iglesia y vá en persona por el ministro y le guia y le compañía hasta dejarle en la iglesia de vuelta. Aquí pudieramos tomar ejemplo los más advertidos, pues sobra el cuidado en los recién convertidos, que falta en nosotros.

Son devotísimos de Nuestra Señora y todos le rezan la corona con tanta devocion, como en que se precia de más devoto. Y así le cantan la misa el sábado en toda esta Provincia, con el festejo y solemnidad de chirimías, trompetas y ramilletes que en la mayor festividad con el órden que dije en el capítulo 27. Despues de la misa se canta un responso muy solemne, por las ánimas del Purgatorio. Entrado el sacerdote,

las de las cuatro guirnaldas entonan la antífona, *Tota pulchra est Maria* y la cantan á coros con el pueblo, del mismo modo que nosotros. Acabada, sacan la Virgen y la llevan al hospital como hemos dicho.

La devocion y cuidado que tienen à su iglesia es indecible ; y así la tienen con el mayor adorno de edificios, sacristía, altares y coro, que absolutamente hay en todas las Indias: esmerándose en el cumplimiento de cualquiera de estos ministerios, sin que jamas desdigan de su primora imposicion. Y así creció entre los tarascos la virtud, con la pujanza que suele el mirasol con los socorros de su planeta. Y así la Iglesia Occidental cogió los primeros frutos en Michoacan, siendo tres indios tarascos, los primeros que murieron con opinion de santos milagrosos que fueron los hermanos Sebastian y Lúcas que refiere Torquemada, tom. 3, lib. 17, capítulo XI. Los cuales florecieron en todas las virtudes, con la admiracion de aquellos santos varones. Y tambien D. Juan, natural del pueblo de Tarecuato, dió las mismas primicias de santidad; el cual se convirtió de leer la vida de N. P. S. Francisco y pidió su hábito y se lo dilataron por la infancia en que estaba; pero viendo la fuerza del espíritu, se lo dieron, y murió donado, como los

otros dos, y con la misma opinion como lo afirma el mismo autor en el capítulo 12 del mismo libro. De estos y de otros muchos tarascos que ha habido de ejemplarísima vida, verémos la que aprovechó el apostólico majisterio de nuestros frailes, así en la virtud como en todo lo demás, pues ha habido y hay grandes lectores, contadores y escribanos, y tan grandes papelistas que en muchos pleitos, ellos por sí han defendido sus inmunidades, con gran valor y artificio con que se han señalado entre todos los demás.

